

## 1 de Enero...

Jean-Luc se quitó los guantes y la gorra de gendarme colocándola bajo su brazo al tiempo que entraba en la comisaría. Llevaba unas botas altas algo sucias, el arma reglamentaria colgando del cinturón y algunos botones de la chaqueta del uniforme desabrochados. Normalmente, Jean-Luc se esforzaba por mantener impoluta la imagen del cuerpo de gendarmería francés, pero a nadie le entusiasma trabajar la madrugada del 1 de Enero. Además, desde que comenzó el flujo de refugiados en plena crisis, sumado a los recientes acontecimientos en Francia y otros países europeos; el cuerpo estaba en estado de semi-alerta, doblando patrullas sin percibir una especial justicia en los salarios. Los gendarmes siempre mantuvieron la compostura y la profesionalidad bajo cualquier circunstancia en nombre de la patria, pero hasta ellos tenían un límite.

Jean-Luc cruzó por los pasillos y los despachos de la comisaría con paso firme. Estaban bajo mínimos, apenas tuvo que saludar un par de veces hasta llegar a los calabozos. Allí le esperaba el agente que había hecho el interrogatorio, Antoine Truffaut, fingiendo adelantar papeleo.

—Feliz año nuevo —dijo Jean-Luc según entraba por la puerta.

—Poco hay de nuevo aquí abajo —respondió Truffaut con desgana. Profundamente malhumorado por estar profundamente aburrido.

Era un tipo corpulento y cansado, la rutina le había consumido hasta el bigote, que ya lucía completamente cano. A sus 45 años apuntaba maneras de viejo cascarrabias. Jean-Luc dejó la gorra y los guantes sobre la mesa y miró al detenido en el calabozo, lo vio sentado en la oscuridad, con ambas manos entre las piernas y vestido con harapos. Era un hombre de unos 35 años, alto y delgado, de piel oscura y cabello negro, con una

barba fuerte y rasgada envolviendo su rostro. Tenía una mirada fija y penetrante, ensimismada en sus pensamientos detrás de unos profundos ojos negros, el rostro curtido, marcado por una expresión entre la serenidad y el desprecio. El hombre le devolvió a Jean-Luc una mirada de absoluta incompreensión. Gélida. Como si estuviera mirando más allá. Jean-Luc había sentido el desprecio de muchos detenidos en su vida, pero esta vez no lo sentía como algo personal, fue como si aquel hombre estuviese despreciando todo cuanto Jean-Luc representa, un odio mayor y más profundo, sustentado en toda una vida.

—¿Sabemos quién es? —preguntó tras unos segundos—. ¿Ha dicho algo?

—No —respondió Truffaut al tiempo que le ofrecía una hoja de detención con los datos del detenido en blanco—. Es un ilegal. No tiene ninguna documentación y se niega a decir una palabra. Lo he intentado a fondo —añadió.

—Tal vez no sepa francés —apuntó Jean-Luc. Y Truffaut emitió un irónico inicio de risa como respuesta.

—Pues esta noche no hay intérpretes —recalcó después—. Lo que sabemos es que andaba merodeando de noche, en nochevieja, con un cuchillo enorme escondido en la bota.

—¿Qué han dicho los compañeros?

—Que estaba en una zona oscura, mirando a la gente de forma sospechosa, y no tenía pinta de esperar a nadie... No sé, Jean-Luc, ese cuchillo era más propio de degollar franceses que de pelar naranjas.

Jean-Luc suspiró, consciente del trabajo que tenía por delante para conseguir identificar al sujeto y rellenar el informe. Truffaut zanjó el suspiro con uno de sus comentarios.

—Si fuera por mí, toda esta gente estaría en su país antes de acabar la nochevieja.

—Aún no sabemos quién es —dijo Jean-Luc, tratando de usar un tono profesional.

—Me da lo mismo —respondió Truffaut con enorme sinceridad—. Todos vienen con una mano delante y otra detrás, a pedir dinero francés y a robarlo si no se les da, o a algo peor...

—Generalizar no es propio de un gendarme, Antoine, ni de un francés —respondió Jean-Luc perdiendo la profesionalidad.

—Mira, Jean-Luc, yo entiendo como piensas, y no es tan distinto de lo que estoy diciendo yo —comentó Truffaut algo harto de repetirse—. Tú eres un patriota, sabes que Francia no está bien, Alemania aprieta las tuercas cada vez más, y solo digo que nos ocupemos primero de los problemas de aquí, y luego nos preocupamos por los problemas de fuera. ¡Es de sentido común!

—Bueno, hablando tampoco vamos a solucionar nada —Zanjó Jean-Luc, consciente de la futilidad de la conversación—. Acércame esa silla. Y comienza a revisar el archivo de refugiados del último año. Tal vez haya suerte.

Jean-Luc se acercó a la celda con la silla en la mano, mirando los ojos negros y profundos del preso. Al llegar, ambos se midieron con la mirada durante unos segundos que parecieron medir siglos, sin cruzar una palabra. Jean-Luc abrió la celda y se sentó frente a él en la silla, dejando la puerta abierta de par en par. Eso desconcertó un poco al detenido, que consiguió no exteriorizarlo. Jean-Luc le tendió la mano y se mantuvo sentado frente a él. El hombre no reaccionó ni desvió la mirada un solo segundo. Jean-Luc pensó que mirar aquellos ojos era mirar directamente al vacío. Finalmente desistió y dijo su nombre colocándose la mano en el pecho.

—Soy Jean-Luc Fortier.

El hombre no respondió.

—¿Cuál es tu nombre? —insistió Jean-Luc. Sin éxito.

Después se incorporó en la silla y respiró hondo. Supo que aquel hombre no iba a colaborar, y estaba demasiado cansado para ejercer alguno de los métodos de persuasión que aprendió con el ejército en África veinte años atrás. Truffaut, al percatarse del desplante, miró despectivamente al sujeto y farfulló un insulto como los que ya le había dedicado cuando estaban a solas —Fils de putain, étranger—. Él lo entendió perfectamente, como los había entendido todos, aunque fingiera no hablar ni una palabra de francés.

Lo cierto es que a Jean-Luc el tipo le daba mala espina. Y odiaba reconocerlo, porque odiaba dar la razón al patán de Truffaut. Se fijó en sus manos, curtidas y ajadas, su piel erosionada y sus ojeras marcadas. Era un hombre vivido. Y era innegable que ocultaba algo más grande que el cuchillo de su bota. Su silencio no era mera aversión policial de un maleante. ¿Intentaba proteger a alguien, o a sí mismo? Truffaut interrumpió la pregunta.

—¡Jean-Luc! —exclamó sin levantar la vista del archivo de refugiados que había estado revisando—. ¡Lo tengo!

Éste se acercó, dejando la celda abierta a sabiendas de que aquel hombre era tan listo como para no intentar escapar. Al llegar, Truffaut señalaba un dossier. El tipo de la foto coincidía con el detenido. Allí figuraba una copia de su identificación y todo un informe sobre su historial.

—Viene directamente del conflicto —aclaró Truffaut señalando ese dato.

—Un refugiado... —dijo Jean-Luc para sí—. Ha estado en dos campos.

—Fíjate en esto; Al menos tres de sus familiares aún son integrantes de las milicias rebeldes del país —prosiguió Truffaut, disfrutando del hallazgo.

—¡Hablaré con usted! —dijo de pronto el detenido en francés.

Tras unos segundos de desconcierto, Jean-Luc se acercó a la celda de nuevo mientras Truffaut seguía escudriñando el informe con una vocación policial renacida. El hombre le tendió la mano a Jean-Luc esta vez, y éste la estrechó.

—¿Fría? —preguntó el preso.

—Mucho —respondió Jean-Luc realmente sorprendido.

—Estoy acostumbrado al frío. Pero cuando se está solo el frío parece más intenso. Supongo que se piensa más en él... —explicó—. Además, los calabozos franceses no son muy hogareños, ni ustedes amables —añadió, al tiempo que se pasaba la mano por la mandíbula donde la barba ocultaba una marca de anillo. El anillo de Truffaut.

Jean-Luc se sentó con actitud de escuchar, el hombre contó entonces cada paso que había dado hasta ese momento. Reconstruyendo cómo había huido de las alambradas, cómo había cruzado los campos, los controles y las fronteras, y cómo había tomado la vía del ilegal, del indeseable. Porque, ¿qué opción le quedaba? ¿Aguantar otro agónico invierno más en aquel infecto campo de internamiento? Sin muros que corten el viento ni techos que aguanten el agua, viendo a sus paisanos desfallecer de inanición, hasta acabar igual o peor que cualquiera de ellos. No... como Jean-Luc ya había comprobado, agachar la cabeza no era propio de él. Por suerte tenía los medios para salir, y ya había visto las consecuencias de no hacerlo demasiadas veces. Nadie podría borrar de su memoria aquel bebé intentando exprimir el pecho de una joven madre, más muerta que viva, mientras esperaba la salvación de Europa. Fue la gota que le colmó el vaso.

Contó entonces que tras un largo periplo y muchos sobornos, había conseguido llegar a Toulouse, donde ahora se hallaban manteniendo esa conversación. La Europa de la modernidad y el progreso, el culmen de la civilización, la cima de todos los logros de la humanidad...

—Una mierda —se permitió exclamarle a la cara a Jean-Luc—. De la libertad, igualdad y fraternidad europeas ya no queda más que un montón de mierda.

Él se dio cuenta al llegar, pero su mujer lo supo mucho antes de partir. El hombre siempre es más obtuso, incapaz de ver cualquier cosa hasta que le golpea en las narices y siente el peso del golpe en el estómago. Generalmente demasiado tarde. Ella ya no estaba junto a él —Lo siento, cariño, he sido un necio— le gustaría poder decirle. Pero al no estar aún casados, los separaron en el primer campo. La burocracia europea era como una máquina a cuyos ojos no existen vínculos, un dispensador de ganado que reparte las reses en función del espacio. Ahora solo le quedaba rezar porque ella se encontrase bien.

De todas formas, siendo franco consigo mismo y con Jean-Luc, alguien como él tampoco podía esperar sentado a recibir el visto bueno. Y eso, en el fondo, lo supo desde siempre. En cualquier país europeo rastrearían cada rincón de su pasado, y tener un tío y dos hermanos en las milicias no era precisamente buena prensa. En cuanto al cuchillo y su utilidad, si a estas alturas Jean-Luc aún necesitaba preguntarlo, no sería necesario tratar de defenderse. La vida del indeseable no es fácil, un cuchillo puede ser tan útil defendiendo lo propio como cortando un trozo de pan, y de donde él venía no era extraño llevar encima tan socorrida herramienta.

Terminaron la charla y Jean-Luc se sintió en parte noqueado. No por el relato que acababa de escuchar, sino por la futilidad del mismo. Ante todo, él era un profesional, y desde que encontraron la ficha del detenido, toda explicación era irrelevante. Su trabajo era rellenar la hoja de detención, hacer el informe con los hechos concretos y pasar el caso a inmigración. Y los hechos eran que aquél hombre era un indocumentado, que tenía un cuchillo en la bota y que había sido detenido. Punto. El mundo del que aquel

sujeto provenía ya no existía en la mayor parte de Europa. La filosofía de que la palabra de un hombre es más valiosa que cualquier moneda de cambio y cualquier disputa quedaba sujeta al honor y la decencia de familias enteras ya era algo de viejos. La civilización moderna tenía sus propias reglas, no había cabida para discursos bienintencionados sobre motivos, razones y penurias. Había normas.

Jean-Luc procedió entonces a realizar su trabajo, sin cuestionarse moralidades. Había tenido que aprender a no juzgarse por ello. Era necesario hacerlo así. No tenía opción, al igual que no la había tenido aquel hombre. Ambos formaban parte del mismo tablero colocados por azar en lados opuestos. Y es cierto que podría haberle pedido a Truffaut que lo hiciera por él, pero prefería hacerlo a disgusto a dejar que Truffaut disfrutara con ello.

Extendió la ficha frente a él, y mirando la copia de la identificación, comenzó a rellenar los datos del refugiado en el informe de detención.

Nombre completo: José Antonio Hernández Campos.

Natural de: Córdoba, Andalucía. (“Espagne”)

Miembro de la división Durruti. Fugado del campo de internamiento de Vernet d'Ariège en la zona pre-pirenaica del sur de Francia.

Por último, tras rellenar y sellar el informe, y antes de pasar a tramitarlo, Jean-Luc escribió la fecha de detención: 1 de Enero de 1940.

FIN.

María Sarmiento.